

Un cielo azul, benigno, transparente
De nubes de oro y nacar tachonado,
Y sus noches de amor, engalanado
Con millares de estrellas por do quier.

Es el toldo magnífico, esplendente,
Que con tierna y bellísima sonrisa
Tiende en las alas de la mansa brisa
El ánjel de los sueños y el placer.

Los ojos de sus bellas son de fuego,
Sus miradas fascinan y enloquecen;
Descarriados arcángeles parecen
Que descendieron en su vuelo aquí.

Sus morenas mejillas, sus melenas,
Sus senos voluptuosos, palpitantes,
Del corazón arrancan delirantes
Mil suspiros de ardiente frenesí.

Tus bosques, tus ríos, tus limpias cascadas,
Eternos sus flores, sus aguas te den;
Tus auras fugaces de aroma cargadas
Columpien tus palmas con blando vaiven.

Tu cielo de estrellas, azul, transparente.
Derrame su manso fulgor para tí;
Y rica y altiva, feraz y potente,
Los soles te alumbren, fantástica luri.

Esconda en tus flores sus lágrimas puras
La cándida y tibia mañana de paz,
Y tienda en tus verdes feraces llanuras,
Su velo de rosas liviano y fugaz.

Arrullen tu casto, mansísimo sueño,
Del bosque las brisas con dulce rumor,
Y el canto del ave, silvestre, halagüeño,
Tu paz interrumpa con notas de amor.

Desciendan en vistosos torbellinos
De transparentes perlas tus cascadas,
Y borden las corolas perfumadas
De la flor escondida y virginal.

Ciña tu inmensa frente por diadema,
Ejércitos de palmas cimbradoras,
Siempre altivas y eternas moradoras
Del llano, el bosque, el valle, el arenal.

Vierta Dios á torrentes en tu suelo,
Virtud, saber, prosperidad, bonanza,
Y el eterno fanal de la esperanza
Alumbre tu dormir, tu despertar.

Que el géneo misterioso de los siglos
Sobre su inmensa trípode sentado,
Te augure con la fé del inspirado
Glorias que él mismo no podrá borrar.

JOSÉ ANTONIO CALCAÑO

Nació en Caracas, el 21 de enero de 1827.

Calcaño empezó á cantar con la misma espontaneidad con que el ruiseñor alza sus trinos en la floresta; y desde 1845, los diarios mas acreditados de Venezuela comenzaron á dar á luz esas bellas estrofas que fueron aplaudidas en toda la América latina, reproducidas en escritos y libros extranjeros, y que han grangeado al poeta grande y merecida fama.

Calcaño no se fió á su propio númen: quiso estudiar y estudió con provecho los clásicos españoles, sin desdeñar la lectura de las obras maestras de la literatura italiana, inglesa, francesa y alemana, en las cuales es muy versado.

Su romance *Amores de niño* es notable por su seductora gracia.

Calcaño es uno de los poetas mas notables de su patria. Es miembro corresponsal extranjero de la Academia española. Desde algunos años desempeña el consulado de Venezuela en Liverpool.

Á UN INSECTO

Goza, insectillo inocente,
En esa rama posado,
Del zéfiro embalsamado
Y del sol resplandeciente.

Goza del campo y sus galas,
Antes que perciba el niño
El azul de tu corpiño,
El tornasol de tus alas.

Goza, y dé de la clemencia
Con que apacienta sus greyes,
Los insectos y los reyes,
La divina Providencia.

Goza, y no tornes al vuelo
En tanto á Dios en tí admiro,
Y por el bien que respiro
Rindo alabanzas al cielo.

¡ Oh sumo artista! ¡ Oh pintor
De los espacios azules,
Del alba y sus róseos tules,
De la hierba y de la flor!

¡ De cuánto lujo y belleza,
De cuánta delicia lleno,
Ostenta por tí su seno
La hermosa naturaleza!

¡ Oh, infinita fantasía,
De todo ingenio resumen!
¡ Cómo llenas con tu númen
Tierra y cielo de armonía!

Vibra tu lira suprema
En el mar y la montaña,
Y suspira en cada caña
Un verso de tu poema.

Son fugitivos fragmentos
De los himnos de tu clave,
Los dulces trinos del ave,
El susurro de los vientos:

Esos soles á millares,
Cada cual vibrando un punto,
Marcan en almo conjunto
El ritmo de tus cantares.

Dan matices improvisos
Al campo tus tonos regios,
Se condensan tus arpeggios
En espigas de narcisos;

Y á tus notas armoniosas,
Como aladas vibraciones,
De tus dorados bordones
Se nacen las mariposas.

Tal eres, galano insecto:
Nota del arpa sonora
Del que la tierra enamora
Con los cantos de su afecto.

¡ Cómo me hechizas! ¡ Bendito
Quién su almo aliento te inspira
Y da al pecho que te admira
Este deleite infinito!

Siento rotas mis prisiones
En tanto que te contemplo,
Y es mi corazón un templo
De armónicas bendiciones.

¡Qué paraíso, qué galas,
Cuánta esperanza futura,
Qué horizontes de ventura
Miro al través de tus alas!

Remonte en buen hora el vuelo
La insomne filosofía,
Requiera al astro en su vía
Por el camino del cielo:

Profundice el Océano
Y los abismos, é inquiera
Do está la marca primera
De la creadora mano;

Y alcance, si no verdad
Ni redentora esperanza,
El aplauso y la alabanza
De la ilusa humanidad.

¿Qué á mi su afán ni su palma?
Yo amo á Dios en su grandeza,
Y el libro de su belleza
Es la ciencia de mi alma.

Si, para verle no anhela
Mas luz ni saber mi mente;
¿Y si al ser mas deficiente
Mas claro se le revela?

Todo tiene su fulgor,
Cielo y tierra, el mar, el río;

UN NIÑO Á SU MADRE

Despierta, madre, que ya apunta el día
Y acabo de rezar mis oraciones,
Bellas auroras quedan todavía:
Mas se acercan las tristes estaciones.

Ayer, ya vi partir las golondrinas.
Llorar la alondra, amarillear el prado,
Las aves del invierno peregrinas
Augurarnos su lúgubre reinado.

Despierta, madre, y ven: juntos iremos
Á ver el arroyuelo entre la grama:
Juntos tu grey alegre miraremos
Acudir á tu acento que la llama.

Bajaremos al prado ántes que impida
Nuestro paso el raudal vuelto torrente:

Y la gota de rocío
Tiene un rayo tricolor.

Duendecillo del jardín,
Que luces aurea y azul
Tu tuniquilla de tul,
Gracia de algun serafín:

Realce de la pradera
Joyel de esmalte celeste
Con que se prende la veste
La espléndida primavera:

¡Ay! que, imágen del amor,
Tu vida es sólo un suspiro,
Tu carrera es breve giro
De una rosa en derredor.

Mas tú tienes un tesoro
Que es de mis ansias tormento
Bien que perdido lamento
Y no torna aunque mas lloro.

¡Oh! ¡trocárame ese don....
Lograr pudieras mas brillo....
¿Quieres ser hombre, insectillo?
¡El rey de la creación!...

Pues pide, pídele á Dios,
Y al par dilates tu vida,
Que una en otra convertida
Sea la suerte de los dos;

Y á tí razón, á tí ciencia,
Poder te dé y nombradía,
Y solo dé al alma mía
La gracia de tu inocencia.

Aun la colina está verde y florida,
Todo está aun fragante y reluciente.

Verás rizado el apacible lago
Del viento al beso salpicar tu pecho,
Oírás su arrullo sonoro y vago
Como el que alza la brisa en nuestro techo.

El ruiseñor te entonará su letra;
Yo iré á cogerte flores olorosas,
Y hasta las breñas donde el sol penetra
Nidos iré á buscarte y mariposas.

Pero hoy no te sonries.... ¿qué me escondes?
Déjame darte un beso dulce y ledo:
¡Despiertate!... mas ¡ay! no me respondes....
¡Mira que tu silencio me dá miedo!

¡Qué! ¿no he estado sumiso y obediente?...
Yo le rezo al Señor tarde y mañana,
Yo guardo siempre pan al indigente,
Yo abro al ave aterida mi ventana.

¡Y tú callas! Pareces insensible....
¡Habla!... ¡Pero hay dos lágrimas de duelo,

Padre, en sus ojos; Ah! ¿será posible?...
— ¡Pobre niño, tu madre está en el cielo!

Cuando el gusano que en la tumba habita
Pasa á la flor por distraer su hastío,
La flor se aja, incolora y cae marchita:
¡Así ha muerto tu madre; oh hijo mío!

EL SUICIDA

¡Ahí está, sin voz, sin vida
Bajo el fúnebre sudario!
No hay otro mas solitario
Que el cadáver del suicida.

¡Ni un amigo en su redor!
Y en su cámara sombría
Le hacen solo compañía
El silencio y el pavor.

¡Oh desamparo profundo,
Oh eterna desolación!
Ni el cielo le dá perdón,
Ni le dá sepulcro el mundo;

Y en torno al lecho de muerte
Do está al parecer sereno,
El aire mismo está lleno
Del espanto de su suerte.

¡Horrible serenidad
La que baña ese semblante!
¿Teneis valor? — un instante
La inmóvil mortaja alzad.

En esa pálida frente
Ved esa cárdena herida
Por donde salió la vida
Ahogando un ¡ay! maldiciente.

Es la boca de un volcan:
Mirad por ella á su centro....
¡No! las llamas que hay adentro
El infierno os mostrarán.

No mireis, no, por favor,
La sonrisa de ese labio;
Le dió su dardo el agravio
Y su amargura el dolor.

No escudriñeis su mirar,
Aunque cual vidrio empañado,
Lago que turbio han dejado
Los monstruos al batallar:

No le mireis ni á deslazo,
Que aun quedar puede en sus ojos

De sus acerbos enojos
Y de sus odios un rayo.

Dejadle solo ¡es su suerte!
La soledad, en la vida,
Fué la hermana del suicida;
Ella le guarde en la muerte.

Indolente sociedad,
Huye, no insultes el duelo
De los que arroja del cielo
Tu egoísta ceguedad.

Falsas lágrimas no den
Á sus pálidos despojos
Los que ayer las de sus ojos
Vieron con risa ó desden.

No le dé endechas el plectro
Ni le nombre el prosador;
Privadle de vuestro honor,
Temed su indignado espectro.

Con vuestro infausto poder,
Cuanto cubre el firmamento,
Del aura misma el aliento,
Le emponzoñásteis ayer:

Y hoy no tendrá ni un letrado,
Ni habrá una piedra sencilla
Donde doble su rodilla
Á rezarle el pasajero;

Que el mundo ¡oh estrella enemiga!
Siempre al infeliz contrario,
La culpa del victimario
En la víctima castiga.

No habrá solaz ni reposo
Para su espíritu errante,
Nocturna sombra ambulante,
Fuego fatuo vagaroso:

Paso de medroso ruido
Del monte en las hojas secas,
Dentro las cavernas huecas
Agudísimo quejido;

Á la lumbre de la alcoba
Perfil siniestro en el muro :
Tenaz endriago en lo oscuro
Que el sueño á los niños roba ;

Y de maldicion tremenda
Signo su nombre y de espanto,
Prestará pábulo al canto
De fatídica leyenda.

Mas ¡ay de la turba impía
Que le impulsó al precipicio !
Él les lega el maleficio
De una perenne agonía ;

Y del Orco en el dintel
Le hallarán amenazante,
En sus manos fulminante
El alfanje de Luzbel.

EN LA REJA

Vamos, hoy podemos verte
Dice la madre á la niña ;
Y una y otra de la mano
Á la prision se encaminan.

Llegan, patios atraviesan,
Puertas y salas sombrías :
Al fin al pié se detienen
De una alta reja maciza.

El centinela golpea,
Y asoma un hombre, que indica
Ser un sacerdote, — auséntase,
Y aparece una faz livida.

De mal atado pañuelo
Cubierta la sien tenia,
El rostro muy demudado,
Y la barba muy crecida.

La madre, á ocultar su llanto,
Los ojos á tierra inclina,
En tanto en alto suspende
De los brazos á la niña.

Con ansia los suyos saca
El cautivo á recibirla,
Y llena de ardientes besos
Sus labios y sus mejillas.

« ¿ Qué me tienes hoy guardado ?
Dame pan » — dice la niña —
« Desde que tú te mudaste,
Tengo hambre noche y dia. »

Un mar de lágrimas nubla
Del cautivo las pupilas ;
Y dándole su pan negro,
Convulsivo la acaricia.

Luego besó aquellas manos
Que á la niña sostenian,
Puso en ellas, en memoria,
Una gastada sortija.

Y en súbito movimiento
De la reja se retira,
Lanzando allá entre las sombras
Un rugido de agonía.

Aguarda..... — entre mil sollozos
Dice la madre — *Bendicela.....*
Mas oye solo el acento
Del confesor que le auxilia,

Y á tierra exánime viene ;
Mientras la inocente niña
Sigue, su pan devorando
Con indecible alegría.

EN LA ORILLA DEL MAR

Á la sombra de un uvero,
Entre espeso matorral,
Una choza se divisa
En la orilla de la mar.

Otra alguna no hubo nunca
En aquella soledad ;
De unos pobres pescadores
Era el único solar.

Nadie es dueño de ese valle ;

Y la costa en él es tal,
Que no quieren las piraguas
En sus playas atracar.

Vivió allí por tiempo largo,
Pobremente, pero en paz,
Un anciano con los suyos,
Sin pedir al cielo mas.

Vió llegar despues un año
Tan aciago, tan fatal,

Que quedó casi desierto
Su olvidado y pobre hogar.
¡ Qué de afectos inmolados
Por la muerte sin piedad !
¡ Qué de golpes para un pecho
Tan cansado y débil ya !

El anciano hoy solo tiene,
Prendas de ese amor y afan,
Una nieta y unas tumbas
En la orilla de la mar.

No era el año bien finado,
Cuando, colmo á tanto mal,
Revolvió la mar y el cielo
Una horrible tempestad.

Era noche. — ¡ Qué tinieblas !
¡ Cuál zumbaba el huracán !
¡ Qué rugidos los del trueno !
¡ Qué bramidos los del mar !

Si en las rocas se estrellaba
Un esquife en hora tal,
Distinguir era imposible
Sus clamores de ansiedad ;

Que no hay ruido que no sepa
La tormenta remedar :
Ayes, gritos, silbos daba
En estrépito infernal.

Ni su propia voz oian.
Las dos almas, cuando á par
Y de hinojos imploraban
La clemencia celestial.

Mas al alba, cuando el viejo
Su barquilla fué á botar,
De despojos alfombrado
Halló todo el arenal.

Tablas, yerbas submarinas,
Aquí un cabo, un remo allá,
Y vió un hombre medio hundido
En la orilla de la mar.

Aquel naufrago fué un hijo
Que le dió la tempestad :
Compartió con él sus ropas,
Dividió con él su pan.

Juzgó el viejo aquel encuentro
Proteccion providencial,
Pues su cuerpo ya rendian
Las faenas de la mar.

Y aunque el año era siniestro,
Bondadoso y liberal,
Le dió al naufrago las llaves
De su pecho y de su hogar.

La muchacha era garbosa,
Como América las dá,
De canela y rosa el cítis,
Y de tórtola el mirar.

En su casa desde niña
La llamaban *la Torcaz*,
Porque al cuello se colgaba

Conchas blancas de la mar.
Él contaba veinte abriles,
Ella en quince entraba ya ;
No fué mucho si él temprano
Se prendió de la Torcaz.
El amor, de ambos el alma
Tocó á una con su iman ;
Y ya flores solo vieron
En la orilla de la mar.

Avisóse al buen abuelo
De su dulce intimidad ;
Á su afecto no fué valla
El dominio paternal.

No hubo zelos ni combate ;
No era Haidea la Torcaz,
El abuelo no era Lambro.
Ni era el naufrago don Juan.

Antes fué que, despejando
La rugosa y triste faz,
Sonrió lleno de gozo
Y bendijolos al par.

Mar y cielos recibieron
Las protestas del galan ;
Los altares del marino
Son los cielos y la mar.

Vió el anciano huir la sombra.
Que su sien nublabá mas ;
Ya podrá morir tranquilo,
Sin temer por la Torcaz.

La Torcaz puso en su amante
Alma, vida y voluntad ;
Y en un año, para ella
Todo fué ventura y paz.

Y fué madre ; y por tal dicha,
Tras de tanto luto y mal,
Oró al cielo arrodillada
En la orilla de la mar.

Cae la tarde. En tosco banco
Á la puerta del hogar,
Hombro á hombro están sentados
El abuelo y la Torcaz.

Mudo, inmóvil, fijo en tierra
Su ya trémulo mirar,
En su diestra está la caña
Que á su cuerpo apoyo dá.

Ella tiene en el regazo
El tesoro maternal ;
De sus ojos, que en él clava,
Cae de lágrimas un mar.

El anciano tambien llora.....
¡ Oh traicion ! ¡ Oh crueldad !
¡ Y las olas no se abren
Y sepultan al falaz !

Un bajel tocó en las playas
É hizo aguada en el raudal ;
Por el agua que le dieron
Dejó llanto y orfandad.

Fuése oculto allí el perjuro.....
¡Año aciago, año fatal!
Voz ninguna las entrañas
Del traïdor pudo ablandar.

Allá va, boga que boga.....
Allá el pérfido, allá va.....
La Torcaz llora y se muere
En la orilla de la mar.

EL CIPRÉS

Si por mi tumba pasas un día
Y amante evocas el alma mía,
Verás un ave sobre un ciprés :
Habla con ella, que mi alma es.

Si tú me nombras, si tú me llamas,
Si allí repites que así me amas,
Da oído al viento dentro el ciprés :
Y con él habla, que mi alma es.

Pero si esclava ya de otro dueño,
Turbas é insultas mi último sueño,
Guárdate, ingrata, de ir al ciprés :
Huye su sombra, que mi alma es.

Huye del ave, huye del viento,
De toda forma, de todo acento.....
Pero es en vano : do quier estés
Verás la sombra de ese ciprés.

JOSÉ ANTONIO MAITIN

Nació en Puerto Cabello en 1792.

La vida pública de Maitin está exenta de peripecias. Poeta lirico de primer órden, admirado y amado por sus compatriotas, adquirió bien pronto fama en el continente americano.

Maitin es un poeta correcto, armonioso; sus versos son gratos al oído como los trinos del ruiseñor, sus estrofas bien cortadas están siempre vestidas con las galas intertropicales, sin estar recargadas de adornos : el buen gusto y el buen sentido dominan en todas sus composiciones líricas. Existe una hermosa coleccion de sus poesias, publicada en Caracas, en 1851.

Maitin rindió culto al amor, á la amistad, á la gloria; pero al poco tiempo vió caer derribados, junto con sus aras, todos esos ídolos que habia tomado por verdaderos dioses. Halló que las mujeres eran falsas, los hombres impostores, la gloria un triunfo insulso. Á las risueñas ilusiones sucedió el amargo desencanto. El mundo perdió para él todo su prestigio, la sociedad todo su atractivo. Despues de tales contratiempos, la amargura llegó á ser crónica en el alma de Maitin.

Estaba condenado á hallar la desgracia en todas partes.

UN CONVENTO DE MONJAS

Tiernas, humildes, tristes peregrinas
Que oculta al mundo ese manchado muro,
Cual fantasmas que vagan entre ruinas
De gótico castillo, ancho y oscuro.

Solas, marchitas, olvidadas flores
Con que su suelo el mundo coronaba,
¿Qué se hicieron la aroma y los colores
Con que el vívido sol os matizaba?

Perdisteis la apariencia seductora
Que el arte daba á vuestro rostro bello,
Y cayó de la frente encantadora
El luengo, ondeante y virginal cabello.

Cubre la blanca y candorosa frente,
Aspera, dura y penitente toca,
Y besa silenciosa y reverente,
La tierra impura la inocente boca.

Decid, ¿os basta, humildes prisioneras,
La religion sublime, encantadora,
Con sus puras, suavísimas quimeras,
Y con su dulce voz consoladora?

Quando en las sombras de la noche oscura
Los párpados cerrais al sueño blando,
¿No llena el aire de fragancia pura
De ángeles mil el luminoso bando?

Decid, cuando en el coro congregadas,
En esa tosca cruz veis á Dios fijo,
¿Entre nubes suavísimas, rosadas,
No baja el padre á consolar al hijo?

¿No sentis una voz, dulce, lejana,
Que llena la ancha y celestial mansion?
¿No percibis la música liviana
Del arpa melodiosa de Sion?

Quando en lóbrega noche y silenciosa
Tocan esas campanas á maitines,
¿No bajan en comparsa misteriosa
Sobre el altar los blancos serafines?

Decid, ¿qué siente el corazón instable
En ese igual, eterno cautiverio?
Romped el velo espeso, impenetrable,
Que llena vuestra vida de misterio.

Rompedle y pueda mi mirada ansiosa
Penetrar en la noche que os rodea,
Y traspasar la venda nebulosa
Que os vela al mundo porque nadie os vea.

Rompedle, si, rompedle, que me angustia
Esa oscura prision y me amedrenta,
Y vuestra frente cabizbaja y mustia
La cifra del pesar me representa.